



2 de Abril de 1867.—Entrada del General Díaz á Puebla.

SITIO DE PUEBLA.

EL DOS DE ABRIL.

QUANTRETANTO, las fuerzas liberales, organizadas á costa de tantos sacrificios por el General en jefe, fueron unas tras otras llegando á los lugares en que estaban citadas, y en los primeros días de Febrero se incorporaban en Acatlán: primero, la Brigada del General Figueroa, y poco después la del General González.

«Una vez reforzado con la Brigada González, y después de haber pasado como diez días en Ixcaquixtla, emprendí mi marcha á Tepeaca, donde se me incorporaron el Coronel D. Cristóbal Palacios, con 400 caballos; el Teniente Coronel Sánchez Gamboa, con más de 300, organizados en Acatlán y Matamoros Izúcar; y el Coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza, con su batallón en alta fuerza, formado en Matamoros y Atlixco.

«De Tepeaca pasé á Huamantla, y allí se me incorporaron los Generales D. Ignacio R. Alatorre, con las fuerzas que había organizado en Jalapa, y D. Juan N. Méndez, con las suyas, organizadas en la sierra de Tetela, del Estado de Puebla.

«Me ocupé inmediatamente de dar nueva forma á aquella masa de tropas; organicé dos Divisiones, y encomendé el mando de la primera, al General Alatorre, y el de la segunda al General Méndez, y una Brigada de caballería, cuyo mando di al General D. Manuel Toro.

La primera Brigada de la primera División, la mandaba el General D. Manuel González; la segunda, el General D. Francisco Carreón, y la tercera, el General D. Luis Pérez Figueroa.

«La primera Brigada se componía de los tres batallones 1º, 2º y 3º de «Cazadores de Oaxaca,» mandados: el primer batallón, por el Teniente Coronel D. José Guillermo Carbó, y Mayor D. Carlos Pacheco; el segundo, por el Teniente Coronel D. Juan de la Luz Enríquez, y el tercero, por el Teniente Coronel D. Juan Higareda.

«La segunda Brigada se formaba del batallón «Ligero de Matamoros,» mandado por el Coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza, y de las guardias nacionales de Veracruz y Puebla, á las órdenes de los Generales D. Juan Francisco Lucas y D. Rafael Cravioto.

«La tercera Brigada estaba integrada por el batallón «Cazadores de la Montaña,» mandado por el Mayor D. Manuel Ramírez Terrón, y otras fuerzas de guardia nacional de la sierra, por jefes cuyos nombres no recuerdo. La segunda División se componía exclusivamente de fuerzas de la sierra de Puebla, que había traído el General D. Juan N. Méndez, servido de los Generales D. Juan Crisóstomo Bonilla, D. Juan Francisco Lucas y otros jefes.

«La caballería se formaba de los regimientos que mandaban los Coroneles D. Cristóbal Palacios, D. Anastasio Roldán, Teniente Coronel D. Ignacio Sánchez Gamboa y General D. Antonio Rodríguez Bocardo, y de otro que era á las órdenes del Coronel D. Marcos Bravo. Mi fuerza hacía un total de 4,000 hombres.

«Con la fuerza organizada en Huamantla, emprendí la marcha sobre la plaza de Puebla, adonde llegué el 9 de Marzo de 1867. Ese día ocupé, sin resistencia, el cerro de San Juan, donde establecí mi Cuartel general, tomando el mismo día posesión del convento de San Fernando, sin que el enemigo intentara defenderlo. Seguí extendiendo mi línea envolvente por los suburbios de la ciudad, al Sur y al Oriente, sin cerrar el sitio por la parte Norte, porque me lo impedían los cerros de Loreto y Guadalupe, que el enemigo tenía guarnecidos y perfectamente artillados, sin embargo de lo cual, ocupé casi todo el barrio de La Luz y El Alto; y aunque no pude incomunicar los cerros con la ciudad, establecí, con mi caballería completa, incomunicación de los cerros para afuera.

«Estando en el sitio de Puebla, y pocos días antes del asalto, se me incorporaron el General D. Diego Álvarez, con sus 600 hombres de fuerzas del Sur, y el Coronel D. Mucio Maldonado, con 400 caballos de Texcoco.

«Siguieron las operaciones con objeto de reducir el perímetro ocupado por el enemigo, al grado de avanzar nuestra línea por la parte occidental de la ciudad, hasta la plazuela de San Agustín, teniendo nosotros los tres lados de esa plazuela: Occidente, Norte y Sur, y el enemigo el lado Oriente; y de allí continuaba nuestra línea, rectamente, hasta el convento de la Merced, ocupando nosotros, en todas esas calles, las aceras de Occidente, y el enemigo las de Oriente. Ya se comprenderá, por semejante proximidad, cuán constantemente se mantenía el fuego en nuestras líneas. Por el Sur, teníamos la línea de manzanas en que estaba la Aduana, y todas las siguientes, hasta el barrio de La Luz, donde nuestra circunvalación volteaba hacia los cerros por el puente de La Luz.

«El día 24 de Marzo, el Teniente Coronel Domínguez, oficial tan arrojado como imprudente, emprendió un ataque vigoroso en la manzana que hace frente al mesón llamado «Nobles varones,» con objeto de desalojar al enemigo que ocupaba la mitad de la manzana. Como se hizo muy nutrido el fuego de fusilería en aquel lugar, y general el cañoneo en toda la línea, el General González, cuya línea comprendía la manzana ocupada en parte por Domínguez, y en parte por el enemigo, acudió al lugar, y en el momento de salir á una azotea, fué herido del brazo derecho por una bala que le destrozó el codo. Yo, que también corrí adonde el combate tenía efecto, entré en momentos en que bajaban por una escalera al General González. Después de dar las órdenes conducentes para atenderlo, me dirigí presuroso al sitio de colisión que más lo demandaba, y con algún refuerzo que de antemano había pedido, la manzana fué en esa noche ocupada por nosotros.

«Seis días después, el enemigo incendió una tienda en la manzana que ocupaba el General D. Francisco Carreón, cuya tienda contenía mucho combustible.

«Inmediatamente que tuve conocimiento del hecho, llegué hasta el interior del local, y los techos se desplomaron sobre mí. Al oír que crujían, brinqué para la puerta de salida, y allí me encontré con el Lic. D. Juan José Baz, única persona que se atrevió hasta ese punto, y á quien con mi choque arrojé fuera del peligro; pero en cuanto á mí, el techo me alcanzó y quedé cubierto de escombros, de medio cuerpo para abajo. Cayeron en seguida las puertas de las ventanas que estaban ardiendo, y me descubrieron ante el enemigo, que se acercó hasta los enrejados, y disparó sobre mí á quema ropa, pero en esos momentos Carreón salió por los balcones de las piezas que no ar-

dían y lo desalojó; mas luego, posicionado en la acera opuesta, calle de por medio, siguió dirigiéndome sus disparos.

«Como cogido por una trampa estaba allí, y Luis Terán, para sacarme de esa situación, me jalaba de tal manera de los brazos, que sentía que me los desarticulaba; pues nervioso como era, cuando había dificultades se ponía en peor estado. Felizmente un ayudante ocurrió con una palanca de maniobra de una pieza de sitio, y con ella pudo sacarme, levantando las vigas que estaban sobre mí. Terán, que no cesaba de estirar, al fin me dejó en pie, pero mis botas quedaron entre los escombros y sin ellas me puse en salvo, con algunas contusiones y quemaduras en diversas partes del cuerpo.*

«Como se empezó á propalar en mi campamento que yo había muerto en el incendio, recorrí en seguida la línea de circunvalación y visité las reservas.

«Yo incendié también al enemigo algunas casas. Puse un mortero, y á las granadas de á 12 les amarraba en la espoleta un alambre con un pedazo de brín empapado en aguarrás: así incendié el circo de Chiarini, que era de madera, lo mismo que las casas inmediatas á dicho circo, hasta conseguir por este medio incendiar la manzana contigua á San Agustín, que era de las más difíciles.....

«Durante el sitio de Puebla, el General Escobedo, que á la sazón sitiaba á Querétaro, me pidió algún auxilio y le mandé al General D. Juan N. Méndez, con parte de su División, y ordené que se le unieran las fuerzas de Pachuca, que mandaba el General Martínez, y las más lejanas, que eran á las órdenes de los Generales D. Vicente Jiménez y D. Vicente Riva Palacio, y Coronel D. Florentino Mercado; á virtud de lo cual, llegó el citado General Méndez á Querétaro, con un total de más de 6,000 hombres y diez obuses de montaña.» (Memorias).

Mientras el General Díaz estrechaba el sitio de Puebla, importantes sucesos ocurrían en el centro del país, en donde ya predominaban las fuerzas liberales.

Débil, acobardado é indeciso, después de consultar con sus Ministros y con sus infidentes consejeros, si debería abdicar é irse, Maximiliano resolvió quedarse á defender su vacilante trono, y poniéndose él mismo al frente de sus tropas, marchó para Querétaro, en donde concentró sus elementos de defensa.

* Aún se le pueden ver al General Díaz, en ambos muslos, las indelebles cicatrices de dos profundas quemaduras producidas por la viga incendiada que le cayó sobre las piernas.

Entretanto, Bazaine, que iba en camino, detuvo algunos días su marcha en Puebla, con la esperanza de que el Archiduque resolviese salir de la República, y aun le escribió, ofreciéndole dejar á Castagny para escoltarle; pero al saber que se obstinaba en conservar el trono, abandonó con el ejército invasor las playas mexicanas.

La Intervención había concluido.

Ya desde el 19 de Febrero, Maximiliano había llegado á Querétaro, en donde se encontraba Miramón y Mejía, que al regresar de Europa, fueron por él llamados, y hasta la muerte combatieron á su lado.

Tres días después se incorporó á las fuerzas imperiales el General D. Ramón Méndez con tropas michoacanas, y decidida la defensa de la plaza, se procedió á fortificarla.

El General Escobedo, que había ya derrotado á Miramón en San Jacinto, marchó con el ejército del Norte, compuesto de unos 10,000 hombres, sobre la plaza misma de Querétaro, por el camino de San Luis Potosí, mientras Corona lo hacía á su vez por el de Acámbaro, al frente de 7,000 soldados de los ejércitos del Centro y de Occidente, y por fin, el 10 de Marzo quedó circunvalada la ciudad por más de 21,000 soldados con 74 cañones, teniendo el mando en jefe de las fuerzas sitiadoras el General Escobedo.

Hubo durante el sitio muy reñidos y sangrientos combates, provocados por los jefes sitiados, que intentaban salir de la plaza; pero al fin, convencido el Archiduque de la inutilidad de sus esfuerzos, ordenó á Márquez, Lugarteniente del Imperio, salir en busca de la guarnición de México, y regresar con ella sobre las fuerzas sitiadoras.

Márquez, acompañado por Vidaurri, logró romper el sitio en la noche del 22 de Marzo, con 400 caballos al mando de Quiroga; pero al llegar á México, supo el Lugarteniente del Imperio, que Noriega, defensor de la plaza de Puebla, estaba á punto de sucumbir ante el asedio, y abandonando al Archiduque, marchó con 4,000 hombres de las tres armas en auxilio de Noriega.

Tal vez Márquez llevaba la esperanza de derrotar al jefe del Ejército de Oriente, por quien siempre había sido derrotado, y regresar después para salvar al Archiduque.

Advertida su marcha por el General Leyva, que en observación sobre México estaba en Tlalpan, se envía oportuno aviso al General Porfirio Díaz, que al darse cuenta del enorme peligro que corre, situado entre una plaza formidable y una Columna fuerte y bien organizada, tiene que decidir entre el asalto temerario á las bien arti-

lladas trincheras de la ciudad sitiada, ó el combate con Márquez, levantando el sitio, y con la poderosa guarnición de Puebla á retaguardia. . . .

Optó por el asalto.

«Había mandado establecer un telégrafo militar por la cuesta de Río Frío hasta Tlalpan, y otro hasta Apizaco, para tener comunicación fácil y violenta con las distintas fuerzas que estaban á mis órdenes; además, tenía en Apizaco una locomotora con objeto de observar al enemigo y recibir noticias exactas de sus movimientos. Cuando por telégrafo se me avisó, el 31 de Marzo, que Márquez seguía su marcha por la vía de los llanos de Apam, lo cual indicaba bien que su punto objetivo era Puebla, resolví en mi ánimo la norma de conducta que debía seguir. . . .

«Me decidí á asaltar la plaza y empecé á alejar todos mis enfermos, heridos y bagajes, rumbo á Tehuacán, con objeto de ponerlos á salvo para el caso de que mi asalto tuviera mal éxito; pero sin decir á nadie cuál era mi propósito, por cuyo motivo todo mi trabajo preliminar fué interpretado por los amigos y enemigos que de él se apercebían, como preparativo de retirada hacia el rumbo de Tehuacán y Oaxaca.

«No podía verificar ningún apresto que indicase mi intención de atacar, y en consecuencia, nada hice que se interpretara en ese sentido, hasta bien entrada la noche del 1º de Abril; pues si mis propios soldados hubieran tenido noticia de mi propósito, habría, por la falta de secreto, fracasado del todo.

«Preparado el enemigo, inútil hubiera resultado el sacrificio que el asalto entrañaba.

«Cuando ya no me era posible ocultarlo por más tiempo, porque llegaba el momento de su ejecución, lo comuniqué al General D. Ignacio R. Alatorre, que me sirvió de Cuartel Maestro, y le ordené citara para una junta á todos los jefes en quienes me había yo fijado para el mando de las Columnas que debían operar; cita que tuvo efecto en una casa que estaba en el centro de las líneas, á fin de que cada jefe no se alejara mucho del lugar que le estaba encomendado.

«Así se verificó, y sobre el plano de la ciudad prevenimos verbalmente á cada uno, yo y el Cuartel Maestro, las operaciones que tenía que practicar, señalando la fuerza de que debía constar su Columna de asalto, la trinchera de que debía apoderarse y la puerta ó puertas que debía desatrincherar, para hacer por allí su salida.

«Ninguna Columna aparecería á una distancia mayor de cien me-

tros de la trinchera que debía atacar, y algunas lo harían á menos de cincuenta. Tales habían sido antes nuestros trabajos de aproche.

«El perímetro retrincherado del enemigo, afectaba una forma elíptica, casi parabólica, cuyo diámetro mayor se extendía de Sur á Norte. En consecuencia, el convento del Carmen era uno de los puntos más distantes de la Plaza, y esa circunstancia me sugirió la idea de hacer sobre él un falso ataque que llamara fuertemente la atención del enemigo, é hiciera concurrir en su protección á la mayor parte ó á todas sus Columnas de reserva.

«Determiné la formación de 17 Columnas de asalto, con el propósito de emplear 3 de ellas en ese ataque falso y sucesivo sobre el Carmen, y con tal objeto retiré, luego que entró la noche, toda la artillería que estaba distribuida en nuestra línea de aproches, y la establecí pasajera y sobre las trincheras del Carmen, que hacían sus fuegos al Sur.

«El total de mi artillería consistía en 18 bocas de fuego, de sitio, de batalla y de montaña; y aunque con riesgo, la establecí á menos de medio tiro de las trincheras que debía batir por el Carmen.

«El enemigo había cometido la falta muy grave de no cubrir la espalda de los defensores de sus trincheras, falta que yo me propuse aprovechar, haciendo que todo ataque sobre una trinchera tuviera uno correlativo sobre la opuesta; y ésto, tratándose de un ataque dado en la noche, sugeriría evidentemente, á los que se sentían heridos por la espalda, la idea de que el enemigo había podido entrar y los atacaba á retaguardia.

«Las tres Columnas preparadas para el falso ataque estaban mandadas: la primera, por el Teniente Coronel D. Jesús Figueroa; la segunda, por el General D. Eutimio Pinzón, y la tercera, por el General D. Luis Pérez Figueroa.

«Las de ataque verdadero estaban á las órdenes de los Generales D. Rafael Cravioto, D. Doroteo León, D. Ramón Márquez Galindo, D. Francisco Carreón, D. Juan Crisóstomo Bonilla y D. Manuel Andrade Párraga; Coroneles D. Luis Mier y Terán y D. Vicente Acuña; Tenientes Coroneles D. Juan de la Luz Enríquez, D. Francisco Velázquez, D. Jenaro Rodríguez y D. José Guillermo Carbó, y Mayor D. Carlos Pacheco.

«Cada Columna tendría, por término medio, 140 hombres.

«El siguiente fragmento de la orden que se dió á media noche del 1º de Abril de 1867, expresa á qué jefes se confió el mando de cada una de las Columnas, y su respectivo punto de asalto.